



José María González Forero

106

NACIDO EN ZIPAQUIRÁ el viernes 1° de septiembre de 1843, en el hogar formado por el coronel José María González Forero y doña Manuela Miranda, hija del inmigrante español Francisco Benito de Miranda, quien fue administrador de Real Hacienda en los tiempos del Virreinato, el autor de estas impresiones de viaje por el Estado de Santander fue un destacado científico de la segunda mitad del siglo XIX: director del Observatorio Astronómico Nacional, fundador del Observatorio Flammarion, profesor de geología, paleontología, astronomía y geodesia en la Universidad Nacional, miembro del Sociedad Colombiana de Ingenieros. Un contrato de medición de tierras baldías lo llevó al Estado de Santander en el año 1864, y sus impresiones de viaje fueron consignadas en su *Autobiografía*, que terminó en el año 1903, dejada de su puño y letra en el tomo 480 del subfondo Despacho de la Secretaría de Hacienda de la sección República del Archivo General de la Nación. Este fragmento de su *Autobiografía* se publica en esta entrega de la *Revista de Santander* por el valor testimonial de una época de la historia de los santandereanos.

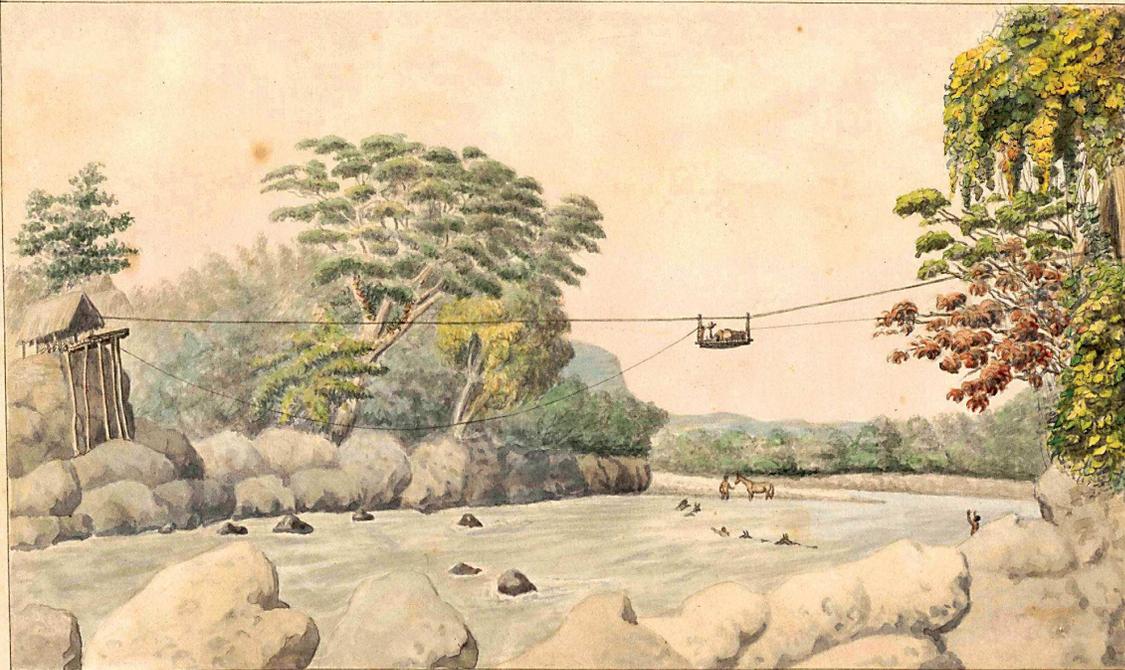
**E**n junio de 1864 fui contratado por la Casa de Geo von Lengerke de Bucaramanga para levantar los planos de unos baldíos en las márgenes del río Sogamoso. Partí el mismo mes de Zipaquirá, siguiendo la vía de Tausa, Ubaté, Guachetá, Ráquira, Moniquirá, Chitaraque, Oiba, Socorro, San Gil, Piedecuesta, Bucaramanga, Girón. No es mi intención hacer una descripción de estos importantes lugares, la que dejo consignada en mis estudios sobre la geología de Colombia, y solamente trazo algunos pasajes para señalar el estado moral e industrial de esas comarcas en esa época.

Trece años antes había recorrido esas regiones el eminente doctor Manuel Ancizar. Con gran pesar observé que lo que describe en su notable peregrinación de “Alpha” era aplicable en 1864: el mismo

atraso intelectual, moral y material; el mismo pauperismo en medio de una naturaleza exuberante, las mismas cabuyas o tarabitas para pasar los ríos. ¡Qué estancamiento de la energía humana! Esto en tesis general, pues ya había existido el Colegio del doctor Victoriano de Diego Paredes en Piedecuesta, y la Casa Lengerke y otras comenzaban a sacar de su letargo esas comarcas.

En Moniquirá me detuve dos días y hallé culta y hospitalaria sociedad. Se me hizo el honor de llamarme como examinador en un buen colegio de varones, el que me causó grata impresión, pues allí se dictaban cursos de enseñanza secundaria, con notable aprovechamiento. Era empresa privada que honraba a su fundador y tuve la sensación de hallarme en un oasis, en medio del atraso casi general, en esas ricas y descuidadas regiones. El día que dejé a Moniquirá, llegué

*Coroico* n. 130



*Cableya de Simacota sobre el Sarabita*

©Biblioteca Nacional de Colombia

a las seis de la tarde a Chitaraque, población en un valle templado y abundante en pastos. Una vez en la plaza, me dirigí con mi sirviente a una tienda que estaba abierta, en donde nos encaminaron a un ventorrillo. Toqué a la puerta y salió una mujer, quién me dijo:

—No faltaba más sino que diéramos posada a los forasteros; vaya usted a otra parte.

Volvíme a la plaza, ya para pedir hospitalidad en casa del cura, ya para ade rezar la cama al pie de la torre de la iglesia. Perplejo estaba sobre el partido que debía tomar, cuando se me acercó un hombre descalzo de ruana de jerga y sombrero de ramo, quien con cortesía me dijo:

—Caballero, veo que usted busca posada; aquí es inútil, nadie se la dará. Venga usted a mi casa.

Agradecile y acepté su ofrecimiento. Era una casa baja, cubierta de paja y situada en la plaza. Instalome en la sala, provista de humilde pero cómodo menaje; hízome servir una nutritiva cena; envió mis mulas a un buen potrero y pasé excelente noche. Al día siguiente, después de un desayuno reparador, dile las gracias y solicité la cuenta. Contestome con dignidad, diciéndome que no le debía nada; que excusara la modestia de sus recursos y que él era el alcalde del pueblo. Agradecile tantas bondades, pensando que, aun en medio de las sociedades más egoístas

Las láminas de la Comisión Corográfica (1850-1859) que ilustran este texto fueron tomadas de la Mapoteca Digital de la Biblioteca Nacional de Colombia.

y bárbaras, siempre hay espíritus benévolos y que sirven de excusa al atraso general.

Antes de llegar a la pintoresca población de Oiba extravieme, y habiendo llegado a una venta a tomar informes del camino, me dijo un hombre:

—No aconsejo a usted que siga a Oiba; quédese en el camino y mañana pase derecho.

La juventud es irreflexiva y no me curé de pedir explicaciones. Seguí, y en varias ocasiones me manifestaron sorpresa por mi deseo de llegar a Oiba esa tarde. A dicha población llegué a las ocho de la noche con lluvia e intensa oscuridad. Comenzábamos a subir la pendiente y resbaladiza calle principal, mi criado, quien conducía el equipaje, y yo, en medio de absoluto silencio, cuando me ocurrió orientarme tocando en una ventana de una casa baja, en donde se veía luz. No bien hube golpeado, cuando se abrió estrepitosamente la ventana y aparecieron dos hombres con sendos trabucos que dirigieron caritativamente a mi rostro.

—¡Quién va! —gritó una voz estentórea.

—Un viajero —respondí—, que ruego a usted le indique si hay una posada en la población.

—Vaya al diablo —me contestó mi interlocutor, cerrando violentamente la ventana.

Quedeme atónito por tan insólita respuesta y deslumbrado con la luz con que reconocieron mi fisonomía. Seguimos calle arriba y pronto un relámpago me advirtió que estábamos en la plaza.

“¡Hagan alto!”, bramó otra voz.

Hicimos alto y bien pronto nos rodearon más de 20 hombres armados hasta los dientes.

“¡Echen pie a tierra y diga quiénes son!”, exclamaron varias voces.

Con unos faroles nos inspeccionaron de pies a cabeza, y persuadidos de que se trataba de gente de paz, me dijo uno, quien decía era el alcalde:

—¿Ignora usted lo que ha pasado aquí para que se haya aventurado a entrar de noche?

—Lo ignoro —respondí, recordando las advertencias que me había hecho en el camino.

—Pues sepa que se ha escapado en regla; aquí ha habido las de San Quintín.

Y con urbanidad me condujo a un buen hotel, de unas señoras Vargas, quienes me trataron a cuerpo de rey y me refirieron que hacía veinticuatro horas había entrado una partida armada a esa población y había asesinado cobardemente a más de diez personas que estaban tranquilamente en sus respectivas casas, que se trataba de una escena de horror indescriptible, que se temía un nuevo atentado y que se esperaba fuerza pública del Socorro, capital del Estado. Oprimió mi espíritu este acto salvaje, tanto más inexplicable cuanto que la paz reinaba, y solo se concebía por un estado de atraso moral, vecino de la barbarie.

La casa donde me alojé era alta y un corredor contiguo a mi aposento dominaba la hoya extensa y la serranía que se hallan al sur de Oiba. En esa noche, lluviosa y oscura, tenía lugar una tempestad formidable, una de las mayores que hemos visto, la que se desataba furiosamente en la citada serranía; rayos incesantes, el retumbar del trueno que mil ecos repetía; los múltiples y deslumbradores relámpagos y el solemne horror de la naturaleza, completaban la impresión dolorosa que la relación del hecho sangriento y salvaje había dejado en mi alma juvenil, que el estudio de las ciencias tendía a ennoblecer y purificar. ¡Qué contraste entre las puras y elevadas aspiraciones de un amante de las ciencias y la vil ignorancias de esos asesinatos! ¡Cuántas gracias di a la Providencia por haberme colocado a tanta distancia de la barbarie!

Al día siguiente, por la mañana, visité la población, recogí rocas y fósiles y admiré los industriosos y activos habitantes, ocupados generalmente en los tejidos de

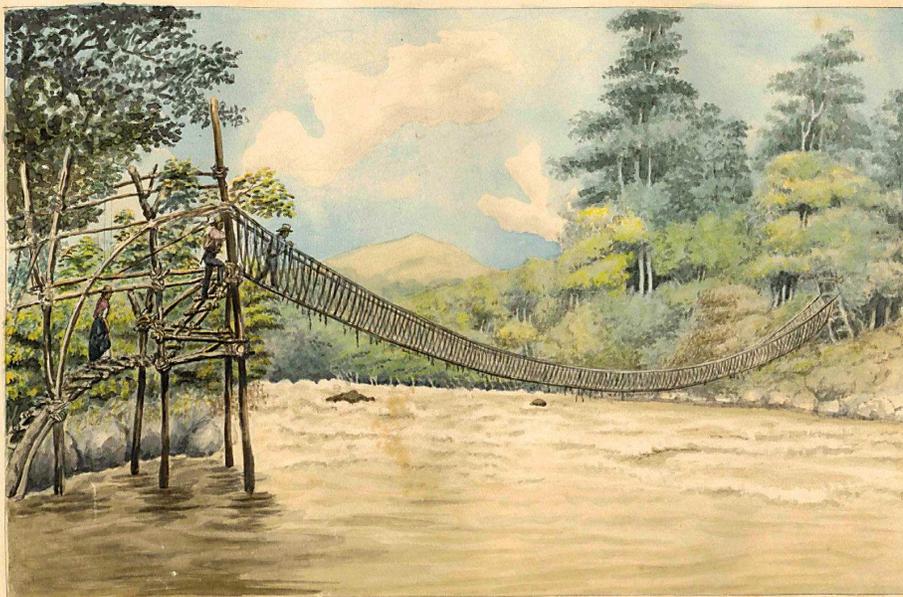


©Biblioteca Nacional de Colombia

lienzos. Seguí mi marcha ese día y llegué al Socorro por la tarde. Esta ciudad, una de las más importantes del Estado de Santander, a la sazón capital del Estado, es un centro de activo comercio y centro de una de las regiones más industriosas de ese Estado. Encontré

en ella culta sociedad y no escaso adelanto intelectual. Ocho días permanecí en el Socorro, tiempo que aproveché en estudiar sus intermediaciones y su estructura geológica. Recibí atenciones de su culta sociedad que me han dejado permanentes y gratos recuerdos.

n. 726



*Puente colgante de boques sobre el Lulua provincia de Santander*



©Biblioteca Nacional de Colombia

110

Otro día llegué a la pintoresca y rica ciudad de San Gil, lugar de culta sociedad y de mucha industria. Habitaba allí entonces una excelente persona parienta mía, y en su casa pasé un día muy agradable, en el cual pude estudiar las condiciones geológicas de la localidad. Al pasar por una calle, mi cicerone me señaló una buena casa baja, en donde, agregó, existía un monomaniaco, hombre recto y acaudalado, que, por causa de decepciones inherentes a la raza adánica, había abandonado el trato humano. Arregló sus cosas de manera que antiguos y fieles servidores le proporcionaban los alimentos y los objetos más indispensables, que él recibía por una ventanilla. No hablaba con persona alguna y solo lo ligaba al mundo esa ventanilla, para los recursos indispensables, y un agujero de pocos centímetros de diámetro practicado en el portón, para ver sin ser visto, algo de lo que en el mundo pasaba. ¡Cuántas veces en el transcurso de la vida he recordado a ese hombre, y me he preguntado

si sería realmente un maniático o un hombre de gran sensatez! ¡Cuántas veces queríamos, usted, señor lector, y yo, no ver este pobre mundo sino a través de un agujero y sin ser vistos y siendo ignorados de nuestros semejantes! Alejeme, absorto en filosóficas meditaciones, de esa morada del humano desengaño, y seguí en esa lucha por la vida a que todos estamos obligados.

Partí de San Gil, estudiando la formación geológica de la serranía a cuyo pie se halla; vi de paso el pintoresco hospital que domina la altura y de donde se obtiene magnífica vista sobre San Gil y su fértil valle, regado por el río de su nombre.

A medio día llegué al Sube y pasé el río por cabuya, único medio de entonces de comunicar las dos orillas, sistema primitivo, que fue cambiado algunos años después por un puente colgante. Este sistema existe aún en muchos puntos del mismo río y habla muy alto sobre nuestro escaso adelanto a través de cerca de un siglo de vida independiente.

Oasis reparador hallé en Piedecuesta, ciudad de clima paradisiaco, de bellos contornos, de fértiles prados, de extensos cacaotales, de palmeras, de flores, de aguas cristalinas y abundantes, y sobre todo, centro de culta sociedad. Hallé un círculo social importante, que contaba en su seno con hombres bien conocidos, entre ellos al doctor Victoriano de Diego Paredes, a su inteligente hijo Temístocles, a los señores Alipio y Daniel Mantilla Orbegoso, etc. En años anteriores, el doctor Paredes fundó en Piedecuesta un colegio, uno de los mejores que haya existido en el país, el que, por causas varias, siendo la primera la intolerancia propia de sociedades atrasadas, solo duró unos pocos años, y cuya clausura fue una verdadera desgracia, pues en él se dictaban cursos avanzados que encaminaban la juventud hacia el comercio, la agricultura e industrias indispensables en este rico territorio, que tanto necesita de industriales técnicos y prácticos que, a ejemplo de los Estados Unidos, fecunden los elementos naturales y desarrollen la riqueza. Era este un centro especial para formar hombres aptos para la lucha civilizada y no para la insensata de la política, que ha venido pervirtiendo el carácter, menoscabando la honra nacional y amenazando la riqueza general. Visité varias veces los vastos y desiertos edificios, los amplios y magníficos jardines de lujosa vegetación tropical, el espacioso auditorium, la biblioteca, los dormitorios, etc. Aún existían el gabinete de física, el laboratorio químico, las colecciones de ciencias naturales, testigos elocuentes de un noble esfuerzo en pro del adelanto intelectual y de la fatal inercia que a esto se opone. Este plantel, regido por el eminente doctor Paredes y atendido por sus ilustrados hijos, Demetrio, Temístocles y Aristides, educó una juventud brillante que figuró luego en la escena pública.

Tuve ocasión de apreciar y gozar de la conversación amena y llena de erudición del doctor Victoriano de Diego Paredes; del verbo inagotable y galano del doctor



Alipio Mantilla, y del culto y dulce trato del bardo, don Daniel Mantilla, poeta inspirado y espíritu cultísimo, con quien conservé las más gratas relaciones amistosas hasta su prematura muerte.

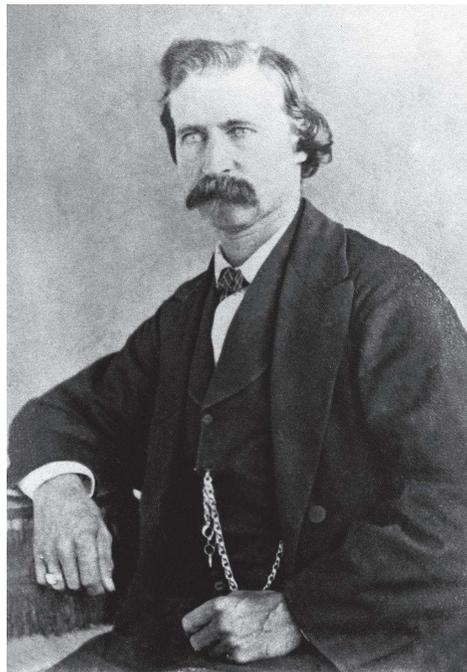
Piedecuesta, colocada a 1.010 metros sobre el nivel del mar y de una temperatura media de 23,5 grados centígrados, está situada en un fértil valle al pie de la Mesa de Géridas o de Los Santos, y es centro de producción de cacao, de tabaco y de fabricación de sombreros de paja. En esta ciudad principia la formación de acarreo moderno aurífero que se extiende a la Florida, a Bucaramanga y a Girón. Mi mansión en esta ciudad fue de veinte días.

La Florida, situada a orillas del Riofrío, a 880 metros sobre el mar y con una temperatura de 24,7°, es un lugar muy pintoresco y se halla sobre el acarreo ya nombrado.

En Bucaramanga, centro donde debía instalarme para efectuar mis trabajos, residí varios días y pude estudiar detenidamente sus detalles. Esta ciudad, una de las más importantes del actual Departamento de Santander, se halla en medio de una llanura, formada, como ya lo dijimos, de un depósito de acarreo aurífero moderno, a 930 metros sobre el mar y con una temperatura de 24,4°. En sus inmediaciones se explota el oro y su cultiva el cacao, el tabaco, hay buenos pastos. Comenzaba por ese tiempo a desarrollarse el comercio, merced a la laboriosidad de sus habitantes, a varias casas que, como la del señor Lengerke, daban impulso a la industria y preparaban la prosperidad de que ha disfrutado en los últimos años. Solo faltaban a aquel centro de actividad colegios, o siquiera buenas escuelas que difundieran la luz y formaran generaciones conscientes y útiles.

Instaleme en la casa del señor Lengerke y hube de acelerar mi trabajo en la región del Sogamoso, pues la vida capuana que en esa rica casa se llevaba era incompatible con mis costumbres arregladas a la austeridad paterna. El vino corría allí a torrentes, y lógico de suponer que no todo sería corrección. Viendo los numerosos miembros y empleados de la casa que yo rehusaba siempre el vino y los licores espirituosos, me ofrecían bebidas frescas con bizcochos y me apellidaban doña Josefa, aludiendo a mi carácter reservado y extraño a todo desorden.

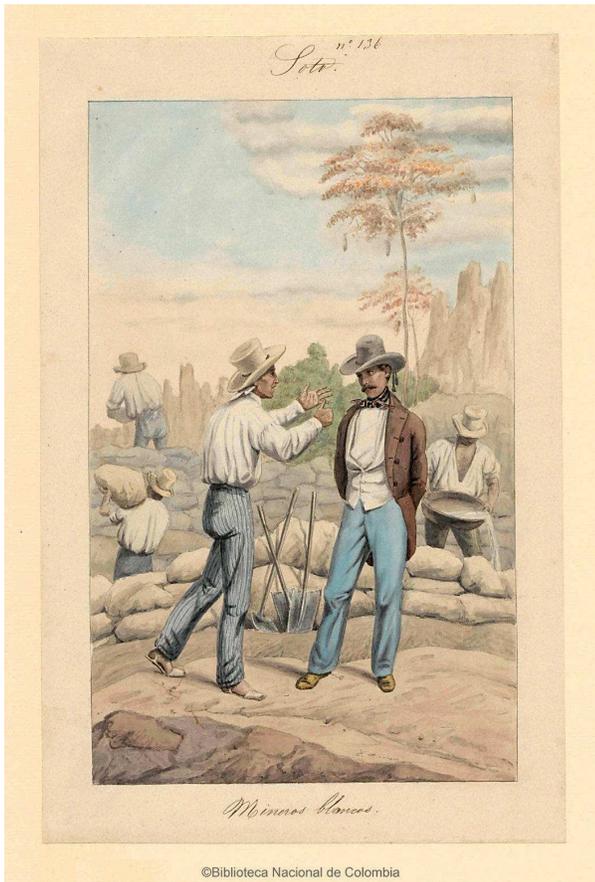
El señor Lengerke, jefe de la casa, me procuró una excelente guía para seguir a practicar los trabajos topográficos objeto de mi viaje. Era este un señor Prada, muy estimable y conocedor de las riberas del Sogamoso y del Lebrija. Partí con él y con mi criado y llegamos a Girón, ciudad situada a orillas del río de Oro. A 560 metros sobre el mar, con una temperatura media de 26° y situada al pie de una serranía árida, su clima es ardiente. Fuertes lluvias que hacían intransitables los caminos me obligaron a permanecer allí algunos días, que consagré a estudios geológicos y a formarme una idea de



Geo von Lengerke

su industria y comercio, que consiste principalmente en el cultivo del cacao, del tabaco, en la fabricación de sombreros de paja y en la explotación del oro, la que se hace por el sistema de lavado y de manera rudimentaria. Conocí muchos de los individuos que se ocupaban en la explotación del oro, cuyo régimen consistía en recoger una no despreciable porción del codiciado metal en el curso de una semana, y el disipar el fruto de su labor, en Girón o Bucaramanga, en orgías y disipación. Explotación fácil y que se prestaba para mantener a esos desgraciados hundidos siempre en los vicios. No faltaban empresarios ordenados que guardaban el producto de su trabajo y que se labraban regulares fortunas. Conocimos especialmente una familia, en la que predominaban las mujeres, que, a causa de su riqueza y de las valiosas joyas de que iban siempre cubiertas, las apellidaban las Californias.

El Río de Oro está sujeto a fuertes avenidas que ponen en peligro parte de la ciudad, y para preservarla habían construi-



do una muralla de ladrillo. En uno de esos días ocurrió un incidente, propio de la naturaleza tropical, y que merece ser referido. Tuvo lugar una fuerte avenida a medio día; acudieron en gran número los vecinos para presenciarla, pues careciendo de puentes el río, y pasándose siempre por vado, había necesidad de acudir, no solamente a prevenir accidentes en la población misma, sino a dar protección a los viandantes que pudiesen estar en peligro. Fue el caso que cuando la inesperada avenida tuvo lugar, un muchacho se había aventurado ya en el vado y apenas tuvo tiempo de asirse a una robusta palmera, que existía en la orilla opuesta a la ciudad. Pronto quedó aislada la palmera y bien luego apareció sola, sumergida en parte y sometida al furioso embate de las turbulentas aguas. El mozo ascendió en el árbol y se acomodó en

el arranque de las hojas. Todas las miradas se dirigían hacia el muchacho y los espíritus estaban llenos de ansiedad cuando se descubrió una enorme serpiente que, arrebatada por las aguas, se debatía para dirigirse al árbol. Una vez junto a este, el reptil se envolvió con increíble rapidez al tronco y comenzó el ascenso. Un grito de horror partió de todos los espectadores ¿Qué haría el infeliz mozo al contacto de la culebra?

Todo el mundo guardó el más solemne silencio y contuvo el aliento esperando el fin de esa escena diluviana. El monstruo llegó a donde el muchacho estaba, siguió deslizando sus brillantes escamas sobre el tronco y sobre el mozo, quien atónito y midiendo la inminencia del peligro no hizo el más ligero movimiento. El reptil pasó, dejando incólume al hombre y se arrolló en medio del follaje. Ante el peligro común desaparece el natural antagonismo de los seres; ambos, hombre y monstruo estaban salvados. Este mismo fenómeno se observa en el incendio de una selva: leones, tigres, liebres, zorras, serpientes, gacelas, huyen en confusa mezcla y sin ofenderse, escapando a un peligro mayor que el de sus propios antagonismos. En nuestros llanos, en las pampas del Brasil y de la Argentina, durante las grandes sequías, los sedientos animales de toda especie que acuden a satisfacer su sed en los ríos o en los lagos se respetan, y hacen una tregua maravillosa ante la necesidad común. ¿No es este un ejemplo para la incorregible humanidad?

Dejé esta población y me encaminé al puerto de Sogamoso, siguiendo los últimos contrafuertes de la cordillera oriental, cubiertas de selva secular impenetrable, compuesto de exuberante y gigantesca vegetación tropical. Allí no se percibe ya otra cosa que la voz solemne de la naturaleza: el grupo de los monos que, en bandadas numerosas, recorren los copudos árboles; el zumbido y el croar de infinitos insectos, ranas y reptiles; el lejano rugir del jaguar, del puma o león americano y del oso, el ronco son de los torrentes que en saltos y rápidos descienden furiosos

sus aguas; el murmullo de innumerables arroyos que llevan la frescura de la vida por esas desiertas regiones.

De tiempo en tiempo se hallaban pequeños desmontes, en donde hombre audaces y laboriosos luchaban con esa naturaleza exuberante para arrancarle el sustento. A veces se recorren serranías áridas y desnudas que contrastan con las opulentas florestas; estas abundantes en aguas y aquellas secas y desoladas. Allí vi por vez primera y en ocasiones repetidas la decisiva influencia del arbolado en la circulación de las aguas: en las regiones cubiertas de vegetación el piso conserva mucha humedad merced a la protección que la selva da a las aguas para impedir su evaporación. Las aguas depositadas en el suelo y en el subsuelo, ya por causa de las lluvias, ya por la permanente condensación del vapor de agua, se infiltran y, por miles de pequeñas corrientes, forman los manantiales, que forman los torrentes, luego los ríos. En las comarcas desprovistas de vegetación, las aguas de lluvias y las que provienen de la condensación se evaporan rápidamente y niegan la humedad y la vida a sus flancos y a sus vallas.

El práctico medía las jornadas y pernoctábamos en chozas que a largas distancias había para refugio de los viajeros. Caminando el segundo día bajo corpulentos árboles, acertó a pasar una banda de monos por sobre nuestras cabezas. Prada, que gustaba de la caza y que llevaba escopeta, hizo fuego sobre un enorme mono, que cayó cerca del punto donde nos hallábamos. Era una hembra, con su pequeñuelo fuertemente abrazado a su cuello; herido gravemente el pobre animal, lanzaba miradas de angustia y de súplica, verdaderamente humanas; pocos momentos después expiró el infeliz animal, dejando tal impresión en el cazador, que hizo propósito de no cazar en lo sucesivo esos pobres seres.

Antes de descender al valle del Sogamoso, al pasar por un acantilado que el camino corta como una cornisa, se obtiene

un panorama magnífico: en primer término el hondo valle, en donde se arrastra el ya anchuroso Sogamoso; en segundo, el inmenso valle del Magdalena, el cuyo centro se desliza el caudaloso río; y el tercero y último la cordillera central, con sus numerosos contrafuertes, perdida en brumosa lontananza

El puerto de Sogamoso consta de unas bodegas y unas pocas casas que sirven de habitación a varios empleados, y es el que sirve generalmente al comercio de Bucaramanga. Su clima es muy malsano; mejor dicho, es mortífero. Al llegar a las pajizas casas que forman las bodegas, se ven innumerables cruces en un solar adyacente que señalan las tumbas de los empleados y obreros que allí habían perecido víctimas generalmente de la fiebre pernicioso y del paludismo. En vista del mal clima resolví trabajar durante el día y pernoctar a gran distancia, en la montaña; lo que me dio buen resultado, pues salí incólume, lo mismo que mis compañeros de viaje. A dicha bodega o puerto no subían entonces sino bongos y lanchas.

La riqueza natural es superior a toda ponderación, así como las de las vastas regiones que se extienden hasta el Magdalena; los pastos que allí abundan favorecen el desarrollo de la ganadería en gran escala. Empero, los innumerables pantanos y lagunas hacen esas comarcas inhabitables y aún esperan la acción de la civilización para que lo sean.

Al regresar de esta desierta comarca, caminábamos una hermosa noche de luna bajo el majestuoso bosque. Mi criado, hombre joven y robusto, abrió la marcha, siguiendo yo a cosa de 20 metros de distancia y Prada cerraba la marcha a 50 metros. Íbamos silenciosos y en calma, cuando salimos de ella al son de gritos horripilantes que lanzaba Prada:

—¡Un tigre!, ¡auxilio!  
—exclamaba.

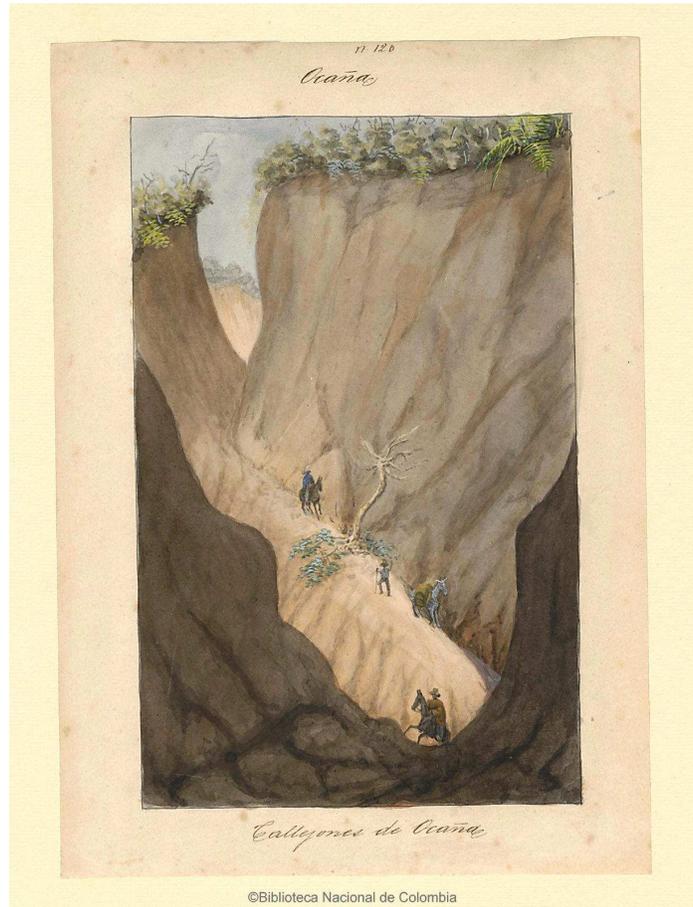
Luego al punto pasó a mi lado, como una flecha, la asustada mula de aquel, la que contagió de pánico a la mía, que em-

prendió la fuga con increíble celeridad; la de mi sirviente siguió el mismo impulso y volábamos como el viento bajo la selva. Cuando yo pude dominar mi cabalgadura y pasada la primera impresión, ordené a mi criado que hiciera alto, y pareciéndome acto de cobardía abandonar a Prada en tal lance, y obligando a fuerza de espuela a nuestras aterradas mulas, llegamos a donde Prada estaba, quien había avanzado algunos metros de donde había tenido el encuentro. Llegamos a él y, lleno de emoción, nos refirió que había visto a corta distancia un tigre, el que determinó a la mula a dar córcovas para desembarazarse de la carga y huir, como huyó, como el relámpago, dejándolo tendido y maltrecho en medio de la vía y a merced del felino; pero éste, asustado por las voces de Prada, resolvió escapar por su lado, dejando a este salvo aunque no sano, pues la caída lo estropeó un tanto. Alcanzamos al cabo la fugitiva mula y seguimos agrupados y creyendo ver tigres a cada paso. Entro en estas nimiedades para poner de manifiesto los peligros y dificultades que ofrecen al viajero aquellas salvajes regiones.

Sin más incidente llegué a Bucaramanga, en donde permanecí pocos días pues resolví terminar los planos en la agradable y apacible ciudad de Piedecuesta.

Al recorrer otra vez los contornos de Bucaramanga, vi con pesar los estragos causados por los combates que en esa ciudad tuvieron lugar en la guerra que terminó en 1862: varios ingenios y plantaciones habían sufrido mucho. La vista de un devastado tabacal me trajo a las mientes aquella parodia de Carrasquilla que dice:

“Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora campos de soledad, mustio collado, fueron tiempo ha soberbios tabacales. Y hoy, en vez de las hojas de tabaco, sólo se ven los restos de los tacos”.



Restos de tacos marcan por infinitos lugares de Colombia el paso de la barbarie, eliminando vidas y riqueza. Jone preguntaba: ¿Por qué el infecundo colombiano se empeña en buscar su subsistencia, llegando a balazos a las puertas de nuestro pobre capitolio, en vez de acometer con el mismo brío nuestras fértiles tierras, para procurarse honrada a la par que cuantiosa fortuna en el campo del trabajo? Pronto responderá a estas preguntas y resolverá el problema la raza anglosajona, pues la nuestra es impotente. A fines de septiembre de 1864 terminé los trabajos topográficos y emprendí viaje a la costa. \*